

1808-1814: demografía y guerra en España

La guerra que asoló el territorio español entre 1808 y 1814 ha sido objeto de numerosos estudios pero pocos de ellos se han dirigido a analizar su impacto en vidas humanas y sus repercusiones sobre la demografía española. Esta penuria de análisis demográficos, explicable por las dificultades de explotación de unas fuentes amplias y dispersas, ha permitido el mantenimiento de afirmaciones poco contrastadas sobre la mortalidad ocasionada por la contienda en la población del país. El presente artículo intenta avanzar en el conocimiento de las características, dimensiones e importancia comparativa de la crisis desatada por la guerra, efectuar una estimación razonada de las pérdidas humanas durante la contienda y de su distribución temporal y espacial y evaluar el impacto de aquellos años sobre la evolución de la población española^{1[1]}.

En España la ausencia de censos de población fiables en los años inmediatos al inicio y al final de la guerra impide recurrir a ellos para medir la sangría en vidas humanas que se produjo entre 1808 y 1814. El primer censo con garantías realizado en el siglo XIX se hizo en la tardía fecha de 1857, demasiado alejada de la guerra para resultar útil como término de comparación, aunque todavía puedan observarse en él las cicatrices dejadas por la contienda en una distribución por edades de la población en la que las generaciones que nacieron o vivieron durante aquellos años están menos representadas de lo que cabría esperar (véase el gráfico 3). Pero esta merma de efectivos también se debe a la crisis inicial del siglo. Porque, para complicar más las cosas, la guerra fue precedida pocos años antes de una crisis demográfica, que inutiliza los censos previos a 1808 (1787, 1797) como indicadores sólidos del número de habitantes existentes al inicio del enfrentamiento. En estas condiciones, los registros parroquiales se convierten en la única alternativa válida para el conocimiento del impacto demográfico de la guerra de 1808-1814, a pesar de las lagunas en su conservación, de las deficiencias en los registros y de la desigual cobertura geográfica de las series conocidas hasta el momento. He intentado hacer uso del mayor número posible de estas series para averiguar la mortalidad durante los años de la guerra, compararla con la de la crisis precedente y precisar su distribución temporal y geográfica. Los resultados aparecen en los [mapas 1 y 2](#) y en el [gráfico 1](#). Tal y como puede verse en ellos, las puntas de mortalidad durante la guerra tienden a concentrarse en 1809 y 1812, la intensidad de la crisis de los años de la guerra corre pareja a la de los años iniciales del siglo, a la que sigue casi sin solución de continuidad, y su impacto sobre los territorios peninsulares es muy desigual.

MAPA 1. PUNTAS DE MORTALIDAD, 1808-1814^{2[2]}

1[1] Un avance de esta investigación fue publicado con el título “El impacto demográfico de la Guerra de la Independencia”, en *Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, Lleida, 2002, vol. 1, pp. 283-299

2[2] Las fuentes de este mapa son, además de las indicadas en el apéndice 2 del trabajo citado en la nota anterior, las siguientes: Francisco RAMÍREZ, *Comportamientos demográficos diferenciales en el pasado. Aplicación del método de reconstrucción de familias a la población de Iznájar*, Granada, 2001 (Iznájar, en Andalucía); Manuel Jesús FERNÁNDEZ, “El final del Antiguo Régimen demográfico en Écija. El caso de Santa María (1800-1860)”, en *Actas del V Congreso “Écija en la Edad Contemporánea”*, Écija, 2000, pp. 337-349 (Écija, en Andalucía); Jorge SÁNCHEZ, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia española, 1808-1814*, Valladolid, 2002 (la ciudad de Valladolid, en Castilla-León); Josep M^a PLANES, *Demografia i societat de Tàrraga durant l'Antic Règim*, tesi doctoral 1987, Universitat de Barcelona, Microfitxa, Publicacions Universitat de Barcelona, 1988 (Tàrraga, en Cataluña); P. ERDOZAIN – F. MIKELARENA, “Evolución demográfica y crisis de mortalidad en las Cinco Villas de la montaña navarra entre 1700 y 1860”, *Revista de Demografia Histórica*, XX, 1, 2002, pp. 145-177 (comarca de las Cinco Villas, en Navarra); datos facilitados por Antonio PRADA para un conjunto de 26 parroquias de Guipúzcoa (País Vasco); Joan Serafí BERNAT (ed.), *Les sèries vitals valencianes, vol. 1. Les comarques septentrionals*, València, 1996 (20 localidades de la provincia de Castellón, en Valencia)



En la mayoría de las áreas para las que dispongo de información el año de mayor mortalidad durante la guerra fue 1809 ó 1812, con la única excepción significativa de la zona vasconavarra. Existen ciertas pautas en la distribución geográfica de esta mortalidad: los máximos de 1809 se producen, sobre todo, en el tercio norte peninsular (Galicia, Cantabria, Asturias, Rioja, Cataluña) y los de 1812 tienden a concentrarse en algunas áreas del tercio sur (Andalucía y provincias meridionales de Valencia), mientras que el centro de la península (meseta y Extremadura) constituye un territorio menos definido; los máximos que se dan en Euskadi y Navarra corresponden todos ellos a 1813. Los trabajos en los que se sustenta el presente artículo proporcionan algunas pistas para explicar las características de esta distribución de la mortalidad.

En la crisis de mortalidad de 1809 se conjugan diversos factores, entre los que la guerra desempeña un papel importante como desencadenante o agravante de la crisis: las pérdidas de cosecha por destrucciones, requisas o huida de la población, las penalidades que ésta sufre cuando su territorio se convierte en escenario de la contienda y las epidemias que ven facilitada su difusión por los movimientos de tropas y civiles son elementos que están detrás de los máximos de mortalidad que se producen en Cataluña, Galicia o Asturias. En todas ellas 1809 es un año en el que el conflicto bélico alcanza una especial dureza, tras la entrada de nuevas tropas napoleónicas en la península en los últimos meses de 1808: movilización en torno a la defensa de Gerona y caída de ésta en Cataluña; ocupación de Asturias; invasión francesa en Galicia y levantamiento popular contra su presencia. En Galicia, un área al abrigo de las grandes crisis de subsistencia gracias a su variedad de cultivos, la crisis de 1809 es quizá mayor que cualquier otra de los dos siglos precedentes³[3]. En Cataluña, donde también 1809 es con diferencia el año más catastrófico, la situación de guerra, con su acompañamiento de hambre y epidemias, está detrás de las fuertes pérdidas de población que sufren localidades como Gerona⁴[4], víctima de un largo asedio, y Tarrasa⁵[5], donde a las destrucciones francesas siguen la carestía y el tifus, o el área de la Plana de Vic⁶[6], en la que tras la entrada de las tropas francesas se difunde una epidemia de tifus exantemático. También 1809 es el peor año de la guerra en algunas zonas de Castilla-León en las que los desplazamientos de tropas y las actividades bélicas fueron importantes: en las comarcas leonesas del Bierzo y la Maragatería, escenario de la desordenada retirada inglesa hacia La Coruña y de la entrada de los ejércitos napoleónicos, y en las tierras limítrofes con Portugal. En todos estos casos, como en el de otros lugares del norte y del tercio central del territorio peninsular que tampoco escaparon a la crudeza de la guerra, las bajas producidas como consecuencia directa del conflicto (patriotas muertos en combate o víctimas de las represalias francesas) no parecen ser las más elevadas. De entre las regiones estudiadas, la crisis de subsistencias solamente desempeñó un papel dominante en Cantabria, donde los precios de

3[3] Isidro DUBERT, "La mortalité en Galice, 1600-1850", *Annales de Démographie Historique*, 1, 1996, pp. 221-248

4[4] Ramon ALBERCH, "La demografía gironina del 1808 al 1814", *Estudi General*, 1, 1981, pp. 173-178

5[5] Josep M. BENAUL, *Guerra i canvi econòmic. L'impacte de la Guerra del francès en la indústria textil llanera de Sabadell i Terrassa, 1808-1914*, Sabadell, 1993

6[6] Maties RAMISA, *La Guerra del francès al corregiment de Vic: 1808-1814*, Vic, 1993

los alimentos alcanzaron su máximo secular en aquel año de 1809^[7], pero las malas cosechas que la ocasionaron actuaron en un contexto de desorganización creado por la guerra.

Después de dos años de cierta recuperación –en 1810 y 1811 disminuyen las epidemias y no hay grandes carestías, pese a la continuidad de la guerra– 1812 vuelve a ser un año de crisis, aunque probablemente de una intensidad en términos generales algo menor que la de 1809. A diferencia de esta fecha, la crisis de subsistencias tiene ahora un protagonismo destacado, aunque también hay que considerar la importancia perturbadora del contexto bélico en el que la crisis se sitúa. La mayoría de las series de precios del trigo recogidas por Anes alcanzan en este año sus valores máximos, superiores a los de 1804^[8]. El fuerte y generalizado aumento de los precios, incluso en áreas costeras como Alicante o el litoral barcelonés o en un punto tan estratégico como la capital de la monarquía, hace pensar en que en esta ocasión, a diferencia de 1804, la desarticulación de los mercados, las tensiones en la demanda de alimentos y las destrucciones ocasionadas por la guerra pudieron más que otros factores reguladores. El hambre fue la compañera inevitable de precios tan elevados y se dejó sentir en múltiples lugares, favoreciendo los máximos de mortalidad que se dan en el conjunto de la región valenciana⁹[9], en amplias zonas de las dos mesetas y en la capital, Madrid, donde adquiere dimensiones de auténtica catástrofe¹⁰[10]. En algunos lugares de Cataluña, donde la excepcional intensidad de la crisis de 1809 oculta la mortalidad de 1812, este año se conoce como “any de la fam”. Pero esta crisis no se acompañó, como en 1804, de un brote epidémico de amplias proporciones, salvo quizás en la región murciana, donde Cartagena y Murcia sufrieron el asalto de la fiebre amarilla¹¹[11]. Esto explicaría que la mortalidad no alcanzara unas cifras más elevadas pero no arroja luz respecto al desigual impacto de la crisis de 1812 sobre el escenario peninsular. Son varios los elementos que conviene tener en cuenta para entender esta diferente incidencia: una mayor intensidad de la crisis de 1809, que relegaría a la siguiente crisis a un segundo plano en aquellos lugares en que 1809 fue más catastrófico (Cataluña, Asturias, Galicia); una agricultura más diversificada que permitiría escapar, hasta cierto punto, de los estragos de una mala cosecha (Galicia y la fachada cantábrica) y una situación alejada de los frentes bélicos (de nuevo Galicia).

Para la mayoría de las áreas para las que se dispone de datos 1813 es un año de mortalidad declinante, excepto para la provincia de Castellón, donde el repunte que se observa pudo tener que ver con la retirada hacia Cataluña de las tropas francesas al mando de Suchet, y, sobre todo, para el País Vasco y Navarra. En muchas partes de la zona vasconavarra, al igual que en el conjunto de la provincia de Guipúzcoa, 1813 es el año de máxima mortalidad desde la precedente crisis de mediados de la década de 1790, también gestada en un contexto bélico. Como entonces, también ahora “el agotamiento económico producto de la guerra debido a requisas, bagajes y suministros y la paralela situación de carestía del grano” son factores que están presentes en el valle del Baztán¹²[12] y, probablemente, en las demás zonas en las que

7[7] Ramón LANZA, *La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1991, p. 276

8[8] Gonzalo ANES, *Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid, 1970, gráficos 42-47

9[9] J. S. BERNAT y M. A. BADENES, “Cronología, intensidad y extensión de las crisis demográficas en el País Valencia (siglos XVII-XIX)”, en *Estudis sobre la població del País Valencià*, València, 1988, vol. 1, pp. 537-557

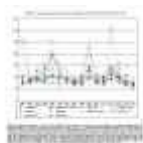
10[10] Manuel ESPADAS, “El hambre de 1812 en Madrid”, *Hispania*, 1968, pp. 594-623; María F. CARBAJO, *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, 1987

11[11] Rafael TORRES SÁNCHEZ, *Aproximación a las crisis demográficas en la periferia peninsular. Las crisis en Cartagena durante la edad moderna*, Cartagena, 1990; Diego SÁNCHEZ JARA, *Intervención de Murcia en la Guerra por la Independencia*, Murcia, 1960

12[12] Alejandro ARIZCUN, *Economía y sociedad en un valle pirenaico del Antiguo Régimen, Baztán, 1600-1841*, Pamplona, 1988, p. 154

se han observado máximos de mortalidad en este año: la Merindad de Estella, la comarca de la Barranca, las Cinco Villas, la mayoría de las parroquias de Guipúzcoa y otras poblaciones del País Vasco. Pero también hay que decir que se trata de una crisis menor, de intensidad inferior a las que habían asolado los territorios peninsulares en 1809 ó 1812.

GRÁFICO 1. ÍNDICES DE EVOLUCIÓN DE LA MORTALIDAD, 1800-1815¹³[13] (base 1800-1815 = 100)



Como ya se ha indicado, la crisis de mortalidad de los años de la guerra se produce casi sin solución de continuidad luego de la crisis inicial del siglo (1800-1805). Los datos incorporados en el segundo de los mapas, que ubica geográficamente cuál fue el año de mayor mortalidad del período 1800-1814, y en el gráfico 1, que recoge la trayectoria de los índices de mortalidad de doce áreas a lo largo de los mencionados años, permiten esbozar una comparación entre una y otra crisis, con los siguientes resultados: 1) no hubo una crisis dominante en el territorio peninsular español durante este tiempo: los años más críticos se sitúan en cualquiera de las dos etapas del período, de forma que no puede asignarse a los años iniciales del siglo o a los años en que se desarrolló la Guerra de la Independencia una clara primacía; 2) en Andalucía y en la España interior la crisis se concentró en los años previos a 1808, con la única excepción significativa conocida de la ciudad de Madrid; 3) en Galicia, en la fachada atlántica septentrional y en el Mediterráneo la mayor intensidad de la

13[13] Fuentes: Cantabria: LANZA 1991, a partir de TM; Castilla la Nueva: David S. REHER, "Dinámicas demográficas en Castilla la Nueva, 1550-1900: un ensayo de reconstrucción", en *Actas del II Congreso de Demografía Histórica, vol. III*, Alicante, 1991, pp. 17-75, a partir de la tasa de mortalidad (TM); Cataluña: 67 localidades (Jordi NADAL, "Las grandes crisis de mortalidad de los años 1793-1812: los efectos a largo plazo en la población catalana", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VIII, 2, 1990, pp. 37-49, 13 parroquias; A. MORENO – L. NAVARRO, "La población de Reus [corregimiento de Tarragona] durante la Guerra de la Independencia", en *La Guerra de la Independencia [1808-1814] y su momento histórico*, Santander, 1982, I, pp. 161-163, Reus; 53 series indicadas en la nota 23), a partir de cifras absolutas; Castilla-León: Pablo GARCÍA COLMENARES, *Estancamiento demográfico y estabilidad social en Castilla (1750-1930)*, Valladolid, 1998 (Palencia ciudad), Ángel GARCÍA SANZ, *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja*, Madrid, 1986 (14 poblaciones de Segovia), Ricardo ROBLEDO, *Historia de Salamanca. Tomo IV. Siglo XIX*, Salamanca, 2001 (Aldehuela de la Bóveda), Laureano M. RUBIO, *La Bañeza y su tierra, 1650-1850, un modelo de sociedad leonesa*, León, 1987 (comarca de La Bañeza), José Luis SÁINZ – Francisco J. SANZ, "Evolución demográfica del partido de Candemuño (1700-1850). Apuntes a la mortalidad catastrófica", *El pasado histórico de Castilla y León, vol. II: Edad Moderna*, Burgos, 1983, pp. 355-379 (Cabia y Mahamud), a partir de cifras absolutas (para La Bañeza, estimadas a partir de gráfico); Cáceres: Miguel Ángel MELÓN, *Extremadura en el Antiguo Régimen. Economía y sociedad en tierras de Cáceres*, Mérida, 1989 (15 parroquias), a partir de gráfico de índices; Asturias: Carmen M^a SANZO, "La población de Asturias en los siglos XVII a XIX: los registros parroquiales", *La economía española al final de Antiguo Régimen. I. Agricultura*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 259-343 (20 localidades), a partir de cifras absolutas; Madrid: María F. CARBAJO, *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, 1987 (conjunto de parroquias de la villa), a partir de índices; Andalucía: 22 localidades, entre ellas 17 parroquias de la ciudad de Sevilla, a partir de cifras absolutas (referencias indicadas en los mapas 1 y 2; Guipúzcoa: a partir de cifras absolutas de las 26 parroquias incluidas en los mapas 1 y 2 (datos facilitados por Antonio PRADA); Castellón: BERNAT 1996, 20 localidades detalladas en los mapas 1 y 2, a partir de TM

crisis se dejó sentir en los años siguientes, coincidiendo con los momentos de la guerra. El examen de los diversos estudios que sustentan el mapa y el gráfico también permite afirmar que el episodio que en forma de epidemia y de crisis de subsistencias, o de una combinación de ambas, golpea a la población desde 1800 y, de forma más generalizada, entre 1803 y 1805, tuvo una intensidad igual o superior al de la Guerra de la Independencia, pues aunque en ambos hubo puntas máximas de mortalidad con valores parecidos, en el primero estas puntas tuvieron mayor extensión, abarcando amplias zonas de las dos Castillas y otros puntos de la España interior. A su vez, la crisis de los años de la guerra fue de una amplitud geográfica ligeramente mayor que la precedente. Ésta también se extiende más allá de la España interior y Andalucía, pero lo hace en una medida menor y de una forma algo más atenuada que la segunda, que se dejó sentir en forma de máximos secundarios en bastantes de las zonas afectadas por la crisis inicial del siglo. En general, los efectos sobre la población de una y otra crisis debieron de ser similares. Ambas compartieron una duración plurianual, que alargó los efectos de los años singulares (1803, 1804, 1809 y 1812) e impidió la recuperación a corto plazo, y casi se solaparon en el tiempo, contribuyendo con ello a hacer del conjunto del período 1800-1814 una época de estancamiento, al borde de la depresión demográfica. Tendremos ocasión de comprobarlo más adelante.

MAPA 2. PUNTAS DE MORTALIDAD, 1800-1814[14]



Hasta ahora hemos analizado la profundidad de la crisis de la guerra, pareja a la de comienzos de siglo, e identificado dentro de ella los años de mayor mortalidad y sus posibles razones. Podemos decir que la Guerra de la Independencia no fue en sí misma una crisis demográfica de dimensiones excepcionales, sino el segundo episodio de un período más amplio iniciado con el cambio de siglo cuya primera parte había transcurrido unos años antes; que los años de mayor mortalidad, en la medida en que tuvieron mucho que ver con crisis de subsistencias y epidemias, sólo de manera indirecta deben atribuirse al conflicto bélico y que, presumiblemente, las víctimas se dieron en mayor número entre la población que entre los combatientes. Estas últimas afirmaciones merecen alguna aclaración suplementaria. Se sabe que algunos de los episodios bélicos que por su repercusión podrían hacernos creer que resultaron auténticas carnicerías ocasionaron una mortalidad limitada: en Gerona murieron en 1809, el año del tercer y más encarnizado sitio de la ciudad, poco más de 1.500 personas, que no llegan a doblarse si se le añaden militares y población no residente¹⁵[15]; en la Tarragona asediada y tomada a sangre y fuego en 1811 por las tropas al mando de Suchet, los análisis más fundamentados hablan de no mucho más de 350 víctimas entre la población civil, una cifra muy por debajo de los más de 2.100 fallecimientos que tuvo que soportar la población en el fatídico año de 1809¹⁶[16]; San Sebastián, que en el verano de 1813 sufrió el sitio, asalto e incendio por parte de tropas angloportuguesas, a lo sumo perdió 1.200 personas en el

14[14] Las fuentes de este mapa son, además de las indicadas en el apéndice 1 del trabajo citado en la nota 1, las siguientes: RAMÍREZ 2001 (Iznájar, en Andalucía); FERNÁNDEZ 2000 (Écija, en Andalucía); PLANES 1988 (Tàrrega, en Cataluña); ERDOZAIN –MIKELARENA 2002 (comarca de las Cinco Villas, en Navarra); datos facilitados por Antonio PRADA para un conjunto de 26 parroquias de Guipúzcoa (País Vasco); BERNAT 1996 (20 localidades de la provincia de Castellón, en Valencia)

15[15] Ramon ALBERCH, *op. cit.*, p. 174

16[16] José M^a RECASENS, “La población de la ciudad de Tarragona durante la Guerra de la Independencia”, en *Estudios de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1964, vol. 1, pp. 485 y 479

suceso17[17]. Y aunque es difícil deslindar entre población civil y población militar en una guerra en la que el combate irregular despertó más entusiasmo que la lucha en las filas del ejército, ni el volumen que éste alcanzó, ni su consistencia ante el embate del más experimentado ejército napoleónico permiten creer en un alto porcentaje de bajas en batalla: el caso de la comarca de Valdeorras, en la provincia gallega de Orense, donde en el transcurso del alzamiento popular de 1809 contra la ocupación francesa apenas si fallecieron militares y tan sólo la novena parte de los enterramientos se debieron a mortalidad de guerra18[18], puede parecer extremo en sus proporciones, pero no resulta irreal en una contienda en la que los combatientes irregulares, por las mismas características de la guerrilla, ofrecían pocas posibilidades de ser blanco de sus adversarios.

También existen signos claros del carácter desigual del impacto de la guerra en las diferentes regiones. Vamos a precisar este último rasgo centrándonos en las cuatro áreas para las que hay series de mayor calidad y representatividad: Cantabria, para la que tenemos una muestra de 40 parroquias rurales que equivalen al 16,8% de la población de la región19[19]; Castellón, con 20 parroquias cuya población asciende al 14,45% de la provincia20[20]; la antigua región de Castilla la Nueva (Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara), para la que Reher ha confeccionado una serie con datos de 26 localidades que incluyen el 4,5% de sus habitantes21[21], que resulta consistente con la que el mismo autor había establecido para un área de menor tamaño de la zona: 19 pueblos de la provincia de Cuenca22[22]; y Cataluña, con 98 series dispersas por el Principado, equivalentes al 14,6% de la población catalana23[23]. Hay diferencias notables en el crecimiento vegetativo de cada una de estas

17[17] Juan Bautista OLAECHEA, *¿Quién destruyó San Sebastián?*, San Sebastián, 1973, p. 22

18[18] Ramón LÓPEZ CANEDA, *Valdeorras en la Guerra de la Independencia*, Barco de Valdeorras, 1989, pp. 264 y 270

19[19] Ramón LANZA, *op. cit.*

20[20] Joan Serafí BERNAT (ed.), *Les sèries vitals valencianes, vol. 1. Les comarques septentrionals*, València, 1996

21[21] David S. REHER, "Dinámicas demográficas"

22[22] David S. REHER, "La crisis de 1804 y sus repercusiones demográficas: Cuenca (1775-1825)", *Moneda y Crédito*, n. 154, 1980, pp. 33-72

23[23] Esta serie conjunta se ha construido uniendo a la serie de 45 parroquias catalanas (equivalentes al 9,3% de la población) elaborada por Jordi NADAL (*La población española*, Barcelona, 1986, p. 129) los datos de las siguientes 53 localidades: S. Quintí de Mediona, St^a M^a de Mediona, Gelida, Pacs, St. Llorenç d'Hortons, Vilanova (St. Antoni), La Geltrú (Santa M^a), Monistrol d'Anoia, Vilobí, Vilafranca del Penedès, Santa Margarida i els Monjos, procedentes de Francesc MUÑOZ, *Creixement demogràfic, mortalitat i nupcialitat al Penedès (segles XVII-XIX)*, Tesi Doctoral, UAB, 1990; Aguiló, Barberà de la Conca, Belltall, Conesa, Espluga de Francolí, Lilla, Passanant, Rocafort de Queralt, Rojals, Santa Coloma de Queralt, Savellà del Comtat, Segura, Solivella, Vallclara, Vilanova de Prades, Vilaverd-La Riba, Vimbodí, tomadas de Valentí GUAL, *Balanç natural i reconstrucció de famílies a través dels sacramentaris: la Conca de Barberà a l'Època Moderna*, Tesi Doctoral, Universitat de Barcelona, 1991 (Microfitxa, Publicacions Universitat de Barcelona, 1992); Agullana, Borrassà, Cabanes, Castelló d'Empúries, L'Escala-St. Martí d'Empúries, La Junquera, Navata, Ordís, Roses, Ventalló i Valveralla, recogidas de Miquel PLANAS, *La població a l'Alt Empordà al règim demogràfic antic*, Tesi de Llicenciatura, UAB, 1985; Botarell, Bràfim, El Catllar, Cornudella, Els Garidells, Perafort, La Pobla de Montornès, Poboleda, Pradip, Riudecanyes, Riudecols, La Secuita, Torroja, Ulldemolins, en Jordi ANDREU, *El Camp de Tarragona i el Priorat durant els segles XVIII i XIX*, Tesi Doctoral, UAB, 1994; Sant Salvador de Vendrell y Sant Vicenç de Calders, en Salvador CARALT, *Evolució demogràfica del Vendrell. Segles XVI-XIX*, Tesi de

zonas durante el período central de la guerra (1809-1813): Cataluña figura en un extremo, con un máximo negativo que supone la pérdida del 5% de la población, y la provincia de Castellón en el otro, con un incremento de población, mientras que las pérdidas de Cantabria y de Castilla la Nueva resultan moderadas. La dimensión demográfica de la guerra fue, según estos datos, muy desigual en los diversos ámbitos de la España peninsular, un rasgo acorde con el comportamiento de crisis demográficas precedentes pero habitualmente no subrayado en las historias generales de la Guerra de la Independencia. Ésta supuso grados muy diferentes de pérdidas humanas, y probablemente de sufrimientos y destrucciones materiales, en unas u otras zonas. Y Cataluña, a tenor de estos datos, se vio especialmente afectada por la contienda.

Crecimiento vegetativo (‰)	Cataluña	C. Nueva	Cantabria	Castellón
1809	-51,3	-23,1	-16,5	-4,9
1810	-5,4	4,1	2,1	12,4
1811	11,4	15,1	-4,2	8,7
1812	-16,1	-9,3	-2,4	10,3
1813	11,6	-4,1	-8,7	-7,3
Acumulado 1809-1813 (‰)	-49,8	-17,3	-28,7	19,2
Acumulado 1809-1813 (personas)	-54.126	-19.280	-4.515	3.591

Natalidad y mortalidad tendieron a coincidir en aquellos años en una idéntica trayectoria negativa, responsable del signo negativo del crecimiento vegetativo en la mayoría de las áreas consideradas. Así que, junto a las personas que murieron, la guerra también se caracterizó por las personas que dejaron de nacer. Si tomamos como referencia los años inmediatamente anteriores al inicio del siglo (1787-1799), un período de bonanza en las cuatro áreas pese a la crisis sufrida por las comarcas del noreste de Cataluña durante la guerra de la Convención (1793-95), los años centrales de la guerra (1809-1813) presentan un balance unánimemente negativo, con retrocesos generalizados en la tasa de natalidad (TN) y aumentos en los cuatro casos en la tasa de mortalidad (TM):

	Cataluña ^{24[24]}	C. Nueva	Cantabria	Castellón
TN 1787-1799 (‰)	50,12	40,97	34,73	42,36
TN 1809-1813 (‰)	46,70	36,83	28,61	37,24
TM 1787-1799 (‰)	37,84	32,20	30,91	30,07
TM 1809-1813 (‰)	58,84	40,35	34,54	33,41
% de retroceso atribuible al aumento de la TM	86	66	37	39

Más que la literalidad de unas cifras, en el caso catalán elevadas hasta lo improbable por la casi segura ocultación registrada en el censo de 1787, importa observar el empeoramiento en todas ellas en proporciones no muy diferentes de la mortalidad y la natalidad, excepto allí donde (Cataluña) la mortalidad se dispara durante los años de la guerra.

GRÁFICO 2. ESTIMACIÓN DE LA EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, 1787-1815^{25[25]}

Llicenciatura, UAB, 1986. Estas 53 series sumaban 46.977 habitantes en 1787, el 5,3% del total de la población catalana que figura en el censo de 1787

^{24[24]} Para esta comparación solamente se han podido utilizar las cifras de las 53 series parroquiales (equivalentes al 5,3% del total de la población catalana) que se enumeran en la nota anterior

^{25[25]} Los valores del gráfico son los siguientes: 1787, 10.427.828; 1788, 10.543.715; 1789,



Pero concretar la disminución de la población durante la guerra sigue siendo una operación complicada. El gráfico 2 presenta una estimación de la evolución de la población entre 1787 y 1815, obtenida a partir de los datos ponderados de las cuatro series regionales ya comentadas²⁶[26]. El hecho de que la más importante de ellas por su peso específico (Castilla la Nueva) se sitúe en la meseta sur parece ser un buen contrapeso al carácter periférico y más bien septentrional de las tres restantes. Al mismo tiempo, el carácter extremo de la crisis de los años de la guerra en Cataluña no es del todo excepcional en el panorama español (véase el gráfico 1) y resulta mitigado por el impacto más suave que tuvo la crisis en las demás áreas consideradas. Por estas razones pueden aceptarse, provisionalmente, los presentes resultados como representativos del conjunto del territorio español. De acuerdo con ellos, la trayectoria alcista de la población española, que gana millón y medio de personas entre 1787 y 1801, se invierte bruscamente en los años siguientes, con una pérdida acumulada de casi medio millón de habitantes que se mantiene e incluso se profundiza levemente durante la mayoría de los años de la guerra, para iniciar a partir de 1814 una rápida recuperación. En conjunto, son quince años desaprovechados en este comienzo de siglo, la mitad de los cuales coinciden con la Guerra de la Independencia, que acumula en dos momentos sucesivos (1809: casi 400.000 personas; 1812: más de 100.000) otro medio millón de bajas, que retrasan la recuperación. Estos datos nos sirven para situar la incidencia sobre la trayectoria real de la población española de la larga crisis abierta al comienzo del siglo y reanudada durante los años de la guerra. Pero no miden en su dimensión real las muertes causadas por la guerra ni las repercusiones demográficas que se derivaron de ella.

Todavía resulta más difícil conocer la mortalidad ocasionada, directa o indirectamente, por la guerra. Podríamos asignar la parte que del medio millón de habitantes que se echan en falta tras las dos crisis de 1809 y 1812 le correspondió a la mortalidad. Dos tercios es un porcentaje plausible, como acabamos de ver. Esto nos daría una cifra cercana a las 350.000 personas. También podríamos, de una manera algo más sofisticada pero no más precisa, comparar la tasa de mortalidad existente en las cuatro áreas consideradas durante el quinquenio 1809-1813, en plena guerra, con la TM de un período anterior, el de los años previos a la crisis del inicio del siglo (1787-1799), medir en personas la diferencia entre una y otra (165.511) y extender el cálculo sobre el conjunto de la población española (11.475.915, promedio 1809-1813). El resultado de esta operación, 735.472 muertes en exceso sobre la mortalidad esperable de mantenerse la TM del período 1787-1799, no es más fiable que la anterior, porque no sabemos cuál es la "mortalidad normal" que hemos de tomar como referencia. El mismo cálculo, situando la base inicial de la comparación en el más extenso período 1787-1807, que incluye la crisis de comienzos de siglo en la España interior, arroja una cifra de 586.281 muertes de más en los años centrales de la guerra, de 1809 a 1813. Una y otra son cifras muy elevadas, que permiten suponer que incluso si la aportación de nuevas series acaba dando una mayor participación en los cálculos a otras áreas menos afectadas por

10.631.446; 1790, 10.771.511; 1791, 10.913.750; 1792, 11.058.276; 1793, 11.158.117; 1794, 11.201.756; 1795, 11.286.102; 1796, 11.473.982; 1797, 11.622.029; 1798, 11.679.988; 1799, 11.776.183; 1800, 11.848.867; 1801, 11.955.107; 1802, 11.944.542; 1803, 11.851.359; 1804, 11.617.925; 1805, 11.518.441; 1806, 11.581.313; 1807, 11.719.680; 1808, 11.808.693; 1809, 11.428.880; 1810, 11.439.201; 1811, 11.575.399; 1812, 11.459.895; 1813, 11.476.200; 1814, 11.611.326; 1815, 11.824.370. Al estar recogidos los datos del Censo de 1787 en los primeros meses de este año, los 10.409.879 habitantes del Censo se contabilizan como correspondientes al año 1786.

²⁶[26] Según las cifras censales de 1787, el total de habitantes de las cuatro áreas ascendía a 2.298.360, de los que a Castilla la Nueva correspondían 1.085.251 (el 47,22%), a Cataluña 886.624 (el 38,58%), a Castellón 170.988 (el 7,44%) y a Cantabria 155.497 (el 6,76%).

la guerra, las cantidades siempre aproximadas que se barajen se situarán no demasiado lejos del medio millón de muertos²⁷[27]. Lo que sí está claro es que la Guerra de la Independencia resultó la más letal de las guerras de la historia contemporánea española, superando a la Guerra Civil en mortalidad relativa: el medio millón de muertos durante esta campaña y su inmediata posguerra representan menos del 2% de los 26 millones de españoles entonces existentes²⁸[28], mientras que las víctimas de la contienda de 1808-1814, en la hipótesis más conservadora, superarían ampliamente el 2%, pudiendo ascender hasta cerca del 5% de los apenas 11,5 millones de personas que habitaban el país. Y todo ello sin tener en cuenta las víctimas de los ejércitos napoleónicos y aliados, que pudieron alcanzar el cuarto de millón, la mayor parte del cual correspondió a las fuerzas francesas²⁹[29]. Muy probablemente ningún estado europeo de ciertas dimensiones sufrió una sangría equivalente durante la época napoleónica. No la sufrió, desde luego, la propia Francia, pese a la importancia de las bajas militares habidas durante las guerras contra las sucesivas coaliciones³⁰[30].

Una última cuestión a considerar es la incidencia que la Guerra de la Independencia tuvo sobre la evolución posterior de la población española. La guerra además de una crisis de mortalidad dio lugar a un déficit de nacimientos: en casi todas las áreas en las que se conoce la TN, ésta experimentó un apreciable descenso durante aquella época, que en las series consideradas aquí se sitúa en torno a los cuatro o cinco puntos respecto al período 1787-1799 y supone de promedio una reducción similar a la tercera parte del aumento de la mortalidad, una proporción que resulta mucho más equilibrada o incluso invertida en aquellas áreas en las que no existió una punta de mortalidad acusada. El mantenimiento de la natalidad y la mortalidad en las tasas medias del mencionado período sobre el conjunto del país habría conducido a la población española en 1814 a una cifra superior a la que en realidad tuvo en cerca de un millón de personas o en poco más de 700.000 de tomar como referencia las tasas del más amplio período 1787-1807. Pero estamos de nuevo ante cálculos teóricos, porque en sociedades con una economía preindustrial los límites que los recursos imponen al crecimiento de la población impiden que éste sea continuo. En cualquier caso, debido a las sucesivas crisis de los inicios del siglo XIX se produjo un frenazo de quince años en la carrera ascendente que la población venía experimentando durante el siglo precedente, aunque también es cierto que la recuperación a partir de 1815 consiguió restañar en pocos años las heridas de los años previos. Lo que sí supuso el efecto combinado de la reducción de la natalidad y el aumento de la mortalidad fue la aparición de una generación vacía, visible todavía en las muescas de las pirámides de edad medio siglo más tarde y en la brusca reducción de la presencia de los grupos de edad superiores a los 40 años, más de un 20% por debajo del peso relativo que estos grupos tenían en el censo de 1797, como puede observarse en el gráfico 3. Una huella

27[27] Una de estas áreas debió de ser la región valenciana, para la que J. S. BERNAT y M. A. BADENES estimaron que la mortalidad efectuó entre 1809 y 1813 una contribución negativa al crecimiento de la población del orden del 2,7%, algo más de 25.000 personas (“Muerte y comportamiento demográfico de los valencianos [siglos XVII-XIX]”, en Josep BERNABEU [coord.], *El papel de la mortalidad en la evolución de la población valenciana. Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Alicante, 1991, vol. 5, pp. 27-46)

28[28] Juan DÍEZ NICOLÁS, “La mortalidad en la Guerra Civil española”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, n. 1, 1985, pp. 41-50

29[29] Esteban CANALES, *op. cit.*

30[30] Para los doce años comprendidos entre 1803 y 1814, un período más extenso que la guerra en España, Jacques HOUDAILLE calculó en 440.000 las pérdidas militares francesas ciertas, a las que habría que añadir una cantidad parecida de pérdidas inciertas (“Le problème des pertes de guerre”, *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, tome XVII, 1970, pp. 411-423). Francia sumaba por entonces unos 30 millones de habitantes, más de dos veces y media los existentes en España. Tampoco la mortalidad se cebó en la población civil: las curvas de natalidad y mortalidad recogidas en el vol. 3 de la *Histoire de la population française* dirigida por Jacques DUPÂQUIER (París, 1998) presentan un balance anual casi unánimemente positivo durante aquel período

que se prolonga a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, cada vez más débilmente, en forma de sucesivas generaciones menguadas³¹[31].

GRÁFICO 3. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN POR EDADES: COMPARACIÓN ENTRE 1857 Y 1797³²[32]



Esteban
Universitat Autònoma de Barcelona

Canales

31[31] Jordi NADAL, *La población española*, pp. 136-137; David REHER, “La crisis de 1804”, p. 64

32[32] La distribución por edades de los censos de 1797 y 1857 figura en Roser NICOLAU, “Población”, en Albert CARRERAS (coord.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Madrid, 1989, p. 68